

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Un Sermón, en el Crepúsculo del Sábado, hacia la TERCERA Dominica de Pentecostés
PREDICADO en la Estación de Pentecostés, Junio 21ro., 2009. EFESIOS, V. 2.
M. Reverendo + Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

'Cristo también nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, Oblación y Sacrificio a Dios, en fragante dulzura.' Efes., V.2.

IN NOMINE IESU

1. Todo Obispo ortodoxo encomienda a su clero, y a todos quienes ejercen el cuidado de almas, el explicar el Santo Sacrificio de la Misa a sus fieles, con el mayor cuidado y la debida frecuencia. Así cuida el Santo Ministerio el que todos podamos comprender qué gran tesoro el Señor nos ha legado con el sublime Sacrificio del Altar, y qué grandes ventajas proceden de la asistencia devota y ferviente a la Santa Misa. El mismo precioso Amor que llevó a Nuestro Señor Jesucristo, *en aquella noche*, a instituir este adorable Sacrificio de la Nueva Ley, le mueve, asimismo, a desear que su trascendente naturaleza y efectos sean conocidos en el mundo tan completa y claramente como sea posible.

2. El Sacrificio de la Misa, es, por excelencia, uno de los más ricos tesoros que el Señor Cristo ha legado a Su Iglesia. Aún así, mis amigos, muchos hay que le tratan con indiferencia, y no ponen cuidado alguno en comprender su exacto valor, o las múltiples gracias y bendiciones que contiene. Resulta extraño que, al menos en las últimas décadas, se haya observado que, si bien la mayoría de los católicos ortodoxos, o aún los 'conservativos,' en las comuniones históricas, meditan a menudo sobre el infinito amor del Señor Jesucristo al instituir la Bendita Eucaristía como un Sacramento, sean, comparativamente, muy pocos, los que alguna vez reflexionan acerca de la inmensidad del amor que llevó al Divino Maestro a instituirlo, a la vez, como un Sacrificio.

3. Por *sacrificio* se entiende tan sólo la ofrenda externa a Dios, de alguna cosa sensible y manifiesta, presentada por un sacerdote, o un Obispo; la destrucción parcial o la aniquilación última de la víctima, ante el reconocimiento del supremo dominio de Dios Todopoderoso sobre nos, y nuestra absoluta dependencia de Él. El sacrificio Cristiano a nadie puede ser ofrecido, sino a Dios Nuestro Señor.

4. Los más fuertes instintos de la naturaleza, mis hermanos, nos instan a ofrecer sacrificio a la Deidad como un acto esencial y aceptable de la Fe. Así, desde los orígenes del mundo, todas las naciones, aún las más bárbaras e iletradas, han ofrecido sacrificios de diversa clase a los 'dioses' que adoraban. En la Vieja Ley, se celebraban sacrificios, los de la Ley Levítica o Ceremonial, entre los ritos del Santuario terrestre; fueron un tipo del Evangelio, y aún el Evangelio en germen del Antiguo Testamento.

5. Leemos en el Santo Escrito que Abel ofreció sacrificio «de los primicias de su rebaño,» *Genes.*, iv; Noé «erigió altar al Señor: y tomando reses y aves limpias, ofrecía holocaustos sobre el altar,» *Genes.*, viii; Melquisedec, «ofreció pan y vino,» en sacrificio, 'pues era Sacerdote del Altísimo,» *Genes.*, xiv; Abraham «llegó al lugar que Dios le había señalado, y construyó allí un altar, y arregló la leña sobre él: y cuando hubo atado a Isaac su hijo, le puso sobre el altar sobre la pila de leño, y extendió su mano, y tomó la espada, para sacrificar a su hijo. Y, he aquí, un Ángel del Señor, desde los cielos, le llamó, diciéndole, 'Abraham, Abraham,...no pongas tu mano sobre el niño, ni le dañes; ahora sé que tú temes a Dios, y no escatimaste a tu unigénito al SEÑOR. Y Abraham alzó sus ojos, y vio que detrás de sí había un carnero entre los arbustos, detenido en ellos por sus cuernos; lo tomó, y le ofreció en holocausto en lugar de su hijo,» *Genes.*, xxii. Elías, asimismo, «levantó un altar al Nombre del SEÑOR...» «y arregló la leña con cuidado, y trozó al buey en piezas, y le dispuso sobre los leños. Y cuando llegó la hora de ofrecer el holocausto, Elías, el Profeta, se acercó, y dijo: "Oh Señor, Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, muestra este día que Tú eres el Dios de Israel, y que yo soy Tu siervo, y que de acuerdo a tu mandamiento yo he hecho todas estas cosas. Entonces cayó el fuego del SEÑOR desde los cielos, y consumió el holocausto. ... Y cuando el pueblo entero vio esto, se desplomaron sobre sus rostros, y dijeron: el SEÑOR, Él es Dios; el SEÑOR, Él es Dios." » *III Reyes*, 18.

6. Los sacrificios de la Antigua Ley fueron, varios de ellos, sangrientos; otros, incruentos. Los sacrificios de sangre consistían, en principio, de corderos, bueyes, y machos cabríos. En ocasiones, como en el caso de la Presentación de Nuestro Señor, las víctimas eran aves «*Las llevaron a Jerusalén, a fin de presentarle ante el SEÑOR y ofrecer sacrificio, según lo que está escrito en la ley del SEÑOR, dos palomas y dos pichones,*' *Luc.*, ii. 22—24. » Los sacrificios incruentos consistían, primariamente, de harina, y de vino, aceite, &c.—Estos antiguos sacrificios, cuando ofrecidos por los santos Patriarcas, no tenían un valor intrínseco en sí mismos. No eran sino pobres y frágiles elementos, incapaces de cancelar el pecado, inhábiles para conferir la gracia divina sobre quienes les ofrendaban. «Pues es imposible,» dice San Pablo, 'que con la sangre de toros y machos cabríos, los pecados fueron quitados,' *Hebr.*, 10.4.» Aquellos sacrificios no eran sino tipos o figuras del verdadero Sacrificio del porvenir,

esto es, la Santa Misa; y fue sólo así, que de alguna manera fueron aceptables a Dios. Comparados con el Sacrificio de la Misa, no eran sino sombras vagas, contrastando con la substancia sólida.

7. Pero, al pasar el tiempo, *'las sombras y símbolos'* dieron lugar a la realidad sublime. Movido por incomparable amor hacia el Adán caído, el Eterno Verbo de Dios, descendiendo del cielo, se hizo carne, y moró entre nosotros: vino a ofrecerse a Sí mismo en Sacrificio para la redención de Sus fieles. Y, en ese mismo instante, Cristianos, todos los antiguos sacrificios fueron abolidos para siempre. En vista de la divina Víctima, ellos llegaron a disgustar (antes que a complacer,) a Dios. El único Sacrificio que Él consentiría aceptar como digno de Sí, sería aquel de Su Eterno Hijo. Nuestro Señor Jesucristo, hablando de ello a Su Padre Celestial, dice, «Sacrificios, y oblações, y holocaustos por el pecado, Tú no has querido; ni te placen aquellos que se te ofrecen según la *Antigua Ley*. Entonces dije: «*Heme aquí (en el rollo del Libro está escrito de Mí.) He venido a hacer Tu Voluntad, Oh Dios;*» deroga los primeros sacrificios, para establecer *el postrero* [esto es, el Santo Sacrificio de la Misa.] En esa voluntad, somos ahora santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo.' (*Hebr.*, x. 8—11.)» [Énfasis añadido.]

8. La Misa, mis amigos, es el Sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, realmente presentes en el altar bajo las humildes especies del pan y del vino, y son ofrecidas a Dios por el sacerdote, para los vivos y los muertos.

9. Esta sublime oblación, bien lo sabemos por el testimonio de los Padres Apostólicos, como San Irineo de Lyon, ha tenido su lugar en la Iglesia desde los días del Señor Cristo y los Apóstoles. Durante mil quinientos años jamás nadie osó ponerla en duda: jamás se halló uno tan vil o tan indocto para ponerla en duda, o para profanarla con premeditada maldad, aún si así cumplía las profecías, hasta que Martin Lutero, de infausta y execrable memoria, con el consentimiento oculto del papado, —no puede haber duda de esto, sabiendo quién fue León X,—hizo escuchar su voz estruendosa y sombría, diciendo que no había otra cosa, *luego de una conversación con el Diablo*, que abolirla; privándose así, a sí mismo, y a millones de almas, de las infinitas gracias compradas con sangre divina para los predestinados por el Sacrificio de la Cruz, aplicables a los fieles por el Sacrificio de la Misa. El heresiarca actuó alevosamente, pues, durante los primeros años, mantuvo la Misa Católica en Latín, eliminando sigilosamente el Canon del Sacrificio, de modo que los sencillos fieles no percibieran la diferencia.⁽¹⁾ Este es el hombre que otro heresiarca, aún mayor que él, Carol Wojtyła, tuvo en gran estima: lo que no asombra desde que conocemos sus loas y afectos por quienes fueron sus preferidos: su 'santa' Edith Stein, el anarco-mesiánico Franz Rosenzweig y el disolvente y herético 'filósofo' Levinas, todos ellos grandes inspiradores de su ministerio satánico; ninguno de ellos en la Fe. Los dos últimos han escrito suficientes palabras que destilan odio y repudio contra Cristo y la Iglesia Cristiana.

1. En sus ataques con el Augusto Sacrificio, Lutero no tenía límites. Dice: 'Ningún pecado de inmoralidad, no; ni siquiera la masacre, el robo, el homicidio y el adulterio, son peores y más dañinos que la abominación de [el Sacrificio de] la Misa.' («*Werke*,» Weim. ed., 15, p. 773 f; Erl. ed., 31, p. 311.) Esta afirmación no es hecha gratuitamente. Léase el escrito de Lutero titulado 'Contra la Misa y la Ordenación de Sacerdotes,' donde el Novador narra su famosa contienda verbal con el Diablo, 'padre de las mentiras,' quien le confrontaba 'a medianoche' hablándole 'con una voz profunda, poderosa,' haciendo que su traspiración 'fuese un alud,' en su frente, en tanto su 'corazón temblaba y latía.' En la célebre conferencia, de la cual Lutero se presenta como incontestable testigo, sin admitir que nadie tuviese la menor duda sobre su objetividad, el Novador dice, clara e inequívocamente, que 'el Diablo habló *contra la Misa, María y los Santos*.' [Uno se pregunta: si así fue, ¿qué se podía esperar, sino esto, del 'padre de las mentiras?'] Aún más; 'Satán me dio *su más calificada aprobación de mi doctrina sobre la Justificación por la Fe sola*.' ¿Quién, preguntamos con la mejor sinceridad; quién, que no sea alguien absurdamente ciego ante la verdad, puede aceptar a un hombre como Lutero, que recibe la aprobación del príncipe de los demonios y enemigo de las almas, como si el demonio fuese un maestro en doctrina Cristiana, y se pudiera confiar en él para la salvación eterna?—El centro de la diaria adoración en la Iglesia de Occidente, tanto en los tiempos de Lutero, como en el más remoto pasado, como asimismo en las Iglesias Orientales, fue, invariablemente, el Sacrificio de la Misa. Es el Cordero de Dios, que, según la Fe católica y ortodoxa, es allí ofrecido al Padre bajos los elementos místicos, renovando, en los fieles, sin repetirlo en lo más mínimo, el Sacrificio de la Cruz: como una fuente de aguas claras, abierta día a día a la sed de todos aquellos quienes, desesperando de su propia justicia, buscaren unirse en amor y confianza a Su Redentor, que les daba el perdón. Fue Lutero quien, con manos crueles, desgarró este voto de esperanza y consuelo del corazón de la Cristiandad.—No extraña esto de un hombre siempre sediento de sangre; consintiendo que los Magistrados masacraran a veinte mil campesinos que se habían alzado, probablemente de manera ilegal, pero con un reclamo legítimo; añadiendo que 'no debe haber una migaja de pan, caída de la mesa de un Príncipe o Magistrado en Alemania, ni un predio o rincón de tierra que no sean bañados en sangre, en tanto los Campesinos prosigan en libertad para ejercer su tiranía, y vivir de manera impía y desvergonzada;' esto último endosado por no hacer caso, aquéllos, a su jefatura religiosa («*Werke*,» Weim. ed., 19, p. 260. 2 Ibid., p. 263.) 'Tan ingrata era la maldad de los Campesinos,' dice, que 'la de los Luteranos resplandecía como oro, en comparación.' Sí, 'nuestras vidas, aún cuando se arrastren en el pecado, son mejores que las de cualquiera, incluso que aquellas, fruto de la santidad de los papistas, aunque estas les semejen a algunos ser suaves como un bálsamo.' Su protervia no se detuvo aquí. Su odio contra el Episcopado era inmenso, 'Mejor sería, gritaba, que todos los Obispos sean asesinados, y todas las fundaciones y conventos arrancados de cuajo, antes de que una de *nuestras* almas sufra.' («*Werke*,» Weim. ed., 8, p. 670 ff; Erl. ed., 22, p. 43 ff.) De alguna manera, todas estas frases de hecatombe e ira formaron parte de su errónea esjatología, fundada en una inexacta lectura de la Sagrada Biblia; por ejemplo, 'profetizó' que

el Fin del Mundo tendría lugar 'en 1524;' debido 'a una notable conjunción de los planetas, de la cual debía esperarse, razonablemente, un diluvio.' En un Sermón, fechado en la Segunda Dominica de Adviento, reitera la fecha de 1524 como la última, antes del fin de todas las cosas, y la Segunda Venida de Cristo. («*Werke*,» Erl. ed., 10a., p. 69 : 'Der jungste Tag, welchen sie [die Constellation] gewisslich bedeutet.'—La enseñanza de Lutero es una *decadente* desde el principio; no se adviene a las verdades reveladas, sino que las fuerza, en ese su talante subjetivo y personalista, como la de quien se halla con una religión a su medida, y la impone a otros que, fanatizados, deslumbrados o ignorantes, la aprueban y la siguen. Pero nunca puede engañar, al menos de modo definitivo, al predestinado que sabe que la voluntad del Señor es su santificación, y que la fe verdadera, invencible, es una que obra por el amor, según las Escrituras; que Dios nos llama a orar, a ser bondadosos y justos con el prójimo, y a guardar Sus mandamientos, y recibir los Misterios, o Sacramentos, a fin de confirmar la vocación y elección; todo esto en palabras de los Apóstoles en el Santo Escrito. Una fe invencible y las obras que la siguen son los términos precisos de quien vive en la gracia de Dios en este mundo y en el que viene; todo otro esquema es una impostura de Satanás para arrastrar a las almas fuera del rebaño del Buen Pastor. 'Nuestro Evangelio,' reconoce Lutero, 'debiera con todo derecho ser escuchado y recibido con gran regocijo, y por él cada hombre debiese mejorar y ser más piadoso. Mas, por desgracia, sucede hoy todo lo contrario, y cuanto más lo predicamos, peor se hace el mundo: esto debe ser obra del mismo Diablo, pues vemos hoy día cómo la gente se vuelve más infame, más egoísta y avara, más inmisericorde, más libertina e impía, y en cada detalle mucho peor de lo que era en los días del Papado.' («*Werke*,» Erl. ed., I 2 , p. 14.) Los Evangélicos, ahora, 'no son meramente 'peores' que antes, mas 'siete veces peores que antes,' según se queja amargamente el Novador, en 1529. 'Pues luego de haberse escuchado el Evangelio, permanecen entre nosotros el robo, la calumnia, la inmundicia y su tapadera, y la práctica de todos los vicios. Ahora que un diablo [aquel del Papado] ha sido reprendido, otros siete, peores que él, han entrado a nuestro rebaño; si tenemos en cuenta las conductas de nuestros Príncipes, señores, nobles, burgueses y aún campesinos, quienes a una han perdido el poco temor del Señor que aún les quedaba, y no se cuidan ni de Él ni de Sus amenazas contra la iniquidad.' Es imposible no plantear la cuestión presentada por sus adversarios, y por los mismos desfallecientes colegas y discípulos de Lutero, cuyos corazones estaban colmados por la duda: Desde que el Salvador enseñó, 'Por sus frutos los conoceréis,' ¿cómo puedes ser tú, Martín Lutero, un enviado Divino, si tan funestos son los frutos morales de lo que llamas 'el Evangelio'? «*Werke*,» Weim.ed., 28, p. 763; Erl. ed., 36, p. 411, [en la conclusión de '*Auslegung uber etliche Kapitel des funften Buches Mosis*,'] 1529. —Curiosamente esto podría aplicarse, a la vez, a los papas del *Novus Ordo*, cuya traición y herejía ha sido una de las causas principales del caos anárquico y la degeneración obscena y la ruina de las sociedades occidentales contemporáneas.

10. El Santo Sacrificio 'que seguiría a los primeros, ahora derogados' había sido profetizado por Malaquías, cuando declara, como Heraldo de Cristo Dios (1.10,) «'No me complazco en vosotros, dice el SEÑOR Dios de las Batallas, ni recibiré dones de vuestra mano. Pues, desde la Salida del sol hasta su Ocaso, Mi Nombre será grande entre los Gentiles; y en cada lugar habrá sacrificio, y se ofrecerá a Mi Nombre una oblación pura.'» Por este pasaje del Santo Escrito, Cristianos, vemos como, desde la Crucifixión del Señor, los antiguos sacrificios del templo judaico fueron rechazados, y lo que hoy se llama 'Judaísmo' fue abolido por Dios en Persona, en tanto las Escrituras y Rituales del Antiguo Testamento, todos ellos, apuntaban a Cristo y el Nuevo y Eterno Testamento, escrito con Su Sangre. Fue por esto que los que rechazaron al Mesías, en tanto Él anunciaba que el Reino de Dios era sobrenatural, y no una ideología materialista de dominación del orbe, le crucificaron, en tanto gritaban *que no tenían otro Rey que el César (Joann., 19.15.)*—Por la voz inspirada de Malaquías, ante la portentosa claridad y exacta descripción que presenta, comprendemos que el Profeta se está refiriendo al Santo Sacrificio de la Misa, y a ningún otro sobre la tierra. No a los sacrificios levíticos, desde que el Señor advierte expresamente por Malaquías, que no habría de recibirles, *ni al Sacrificio de la Cruz*, objetivamente; pues este fue ofrecido *de una vez para siempre*; y en un sólo sitio, y no 'en cada lugar.' En una palabra; la profecía divina *no se corresponde con ningún otro sacrificio*, mas con el adorable Sacrificio y Sacramento del Altar, el cual es 'una oblación pura, ofrecida en cada lugar, desde el Oriente hasta el Poniente.' Otra vez, mis hermanos: el rey Salmista llama al Señor Jesucristo *Sacerdote Eterno, según el Orden de Melquisedec*. Todos los estudiosos de la Sagrada Escritura saben que Melquisedec fue un enigmático y místico sacerdote y soberano de la Antigua Ley, que ofrecía sacrificios a Dios, *tan sólo bajo las especies del pan y del vino*.

11. «'Pues si la perfección era por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la Ley) ¿qué necesidad había aún de que se levantase otro sacerdote según el Orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el Orden de Aarón? Pues traspasado el sacerdocio, necesario es que se haga también traspasamiento de la Ley. Porque *Aquel* del cual esto se dice, de otra tribu es, de la cual nadie presidió el altar. Porque manifiesto es que Nuestro Señor era del linaje de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés *tocante* al sacerdocio. Y aún más manifiesto es, que según la semejanza de Melquisedec, se levanta otro sacerdote: el cual no es hecho conforme a la ley del mandamiento carnal, sino por virtud de vida indisoluble; pues la Escritura testifica: *Tú eres Sacerdote para siempre, según el Orden de Melquisedec*. El mandamiento primero, por cierto, es abolido por su insuficiencia e inutilidad.'(Hebr., vii. 11-18.) » La aplicación de este pasaje al Santo Sacrificio de la Misa es tan obvio, mis amigos, que escasamente precisa de otras palabras o de mayores explicaciones; pues, en la Misa, somos invisiblemente llevados al Sacrificio único y eterno; donde Cristo el Señor, invariablemente se ofrece a Sí mismo al Eterno Padre, esto es, según el Orden de Melquisedec: *bajo las formas del pan y del vino*. (Psalm., cix. 9.) No obstante, admitamos, por un

minuto, que no hubiere Sacrificio de la Misa, y que, como aseveran los Protestantes, el Rey Profeta se refiriese aquí exclusivamente al Sacrificio de Nuestro Señor sobre la Cruz, ¿no vemos, que Cristo no podría ser, aún así, llamado 'un Sacerdote Eterno,' sobre el Gólgota, en tanto el Sacrificio de la Cruz fue ofrecido por Él una sola vez, y en un solo lugar? ¿No observamos, a la vez, que allí no podría ser declarado 'Sacerdote Eterno, según el Orden de Melquisedec,' pues entonces de ninguna manera Él fue ofrecido bajo las formas del pan y del vino, mas según el Orden Aarónico, esto es, en holocausto de sangre?

12. En el Nuevo Testamento, por otra parte, hallamos definidas y abundantes pruebas de nuestra doctrina sobre el Sacrificio de la Misa. S. Mateo (xxvi.26,) al describir la Última Cena, relata que Nuestro Señor Jesucristo « tomó el pan, y lo consagró, y, partiéndole, le dio a Sus discípulos, y dijo: *Tomad, Comed, Este es Mi Cuerpo.* Y tomando el cáliz, dio gracias, y lo dio [a beber] a ellos, diciendo, *Tomad todos de él, pues Esta es Mi Sangre.*' » Vemos aquí que el Salvador Jesús se ofreció a Sí mismo en Sacrificio; y Su sangre se nos representa como dividida de Su cuerpo. Por lo tanto, ella fue derramada místicamente, no de modo actual; pues ello ocurrió más tarde, cuando Él moría en la Cruz del Gólgota. Este cambio en la Víctima, esto es, el cuerpo representado bajo una forma, y la sangre en otra; y ambos, entonces, aparentemente separados uno del otro, señalan aún más eficazmente la muerte del Salvador: '*Un Cordero, como inmolado.*' (Apocal., v. 6.)

13. Esta misma separación sacramental, esto es; el Cuerpo de Cristo, bajo la forma de pan, y la Sangre, bajo la forma de vino, es suficiente para constituir un Sacrificio; y es, en verdad, el Sacrificio de la Misa; o, en otras palabras, *es el Sacrificio único de la Cruz al cual somos llevados en Palabra y Sacramento de mística manera.* Al darnos el Sacrificio de la Misa, Nuestro Señor Jesucristo ha depositado, amorosamente, en nuestras manos, la llave, por la cual entramos a la heredad de los infinitos méritos que Él obtuvo por nosotros en la Cruz, para el perdón de nuestros pecados: méritos que Él ha dejado cuidadosamente en custodia en aquella, como divino tesoro, para nuestro uso y beneficio. Por lo tanto, *la Misa es la aplicación objetiva de los frutos del Sacrificio de la Cruz,* esto es, el perdón de pecados y la santificación de nuestros cuerpos y almas. En este caso, la Víctima cruenta y la incruenta no son dos, mas una sola, cuyo sacrificio es re-presentificado en la Eucaristía, siguiendo el mandato del Señor: «Haced esto en memoria de Mí,' *Luc., xxii.19.* »

14. En cada una de nuestras Misas, mis amigos y hermanos en el Señor, el Señor Cristo es ofrecido, *en oblación pura,* como dice el Profeta; Él, que una vez se ofreció a Sí mismo en el ara de la Cruz, se halla realmente presente como el Cordero sacrificado y herido, en el Sacramento del Altar, ofreciéndose Él mismo, ahora, por medio de Sus Ministros. Fue Cristo el Señor quien celebró la primera Misa, en la víspera de Su Amarga Pasión y Muerte; y también es Él quien ofrece cada una de las nuestras; pues el sacerdote que la ofrece externa, perceptiblemente, es sólo el visible Ministro de Cristo: el mismo Señor es Sacerdote y Víctima en el Santísimo Sacramento. *La Misa sólo se diferencia del Sacrificio de la Cruz en la manera de la oblación.*

15. Cuando el Divino Maestro hubo celebrado Su Primera Misa en la Última Cena, dio poder y mandó a Sus Doce Apóstoles, presentes junto a Él en aquella circunstancia, y a todos los legítimos sucesores de éstos, los Obispos y Presbíteros, que celebraran el mismo sublime Sacrificio hasta el Fin del Mundo. «Haced esto,' dijo, 'en memoria de Mí' (*Luc., xxii.19.*) » Así pues, en la Misa, los Ministros toman pan y vino, y, por el poder, no sólo de su ordenación, más por la Palabra unida al mandamiento, como lo expresa San Agustín, la substancia del pan y del vino cambian completa y substancialmente, y vienen a ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las especies, sin embargo, tanto la del pan como la del vino, permanecen sin cambio a los ojos de los fieles; y esto fue ordenado por el Señor, sin duda, para llamarnos a una fe viviente, y, a la vez, para velar los deslumbrantes esplendores de Su Deidad, que ninguna carne puede ver, y vivir. Cuando el Ministro externamente ofrece el Sacrificio de la Misa, es Cristo mismo quien verdadera y realmente lo ofrece por medio de su escogido pastor. Jesucristo, así, como ya lo hemos dicho, es a la vez Sacerdote y Víctima de esta 'oblación pura,' anunciada por el Profeta Malaquías; y así ha de continuar, aún entre catacumbas, cuando los últimos días acentúen con ellos la Gran Tribulación del Tiempo del Fin, en cada Misa que es ó será ofrecida hasta la Consumación del Mundo.

16. El Sacrificio de la Misa, Cristianos, se ofrece por cuatro grandes motivos, que dan infinita Gloria y alabanza al Dios Todopoderoso.

(a) La ley natural, escrita en el corazón del hombre, nos enseña que lo inferior debe dar tributo a lo superior; y, aún más, que este tributo u homenaje debe siempre ser proporcional al rango y dignidad del superior. Ahora, siendo este el caso, debemos al Dios Todopoderoso, como Supremo Creador y Soberano del Universo: como el Principio y el Fin, Alfa y Omega; infinita alabanza, infinito honor. Cualquier acción que sea menor a lo infinito no sería suficiente, ni tampoco adecuadamente digna de Su beneplácito. Sin embargo, desde que todas nuestras ofrendas humanas: todos nuestros actos humanos, son, como nosotros, finitos, ¿cómo podríamos ofrecer un don infinito a nuestro Dios Bueno y Misericordioso? Si todas las criaturas de este mundo, no importa cuán ricas, o hermosas, o deleitables, pudiesen ser en sí mismas, fueran llevadas a los pies del Dios Omnipotente, y allí dejadas como ofrenda, no serían dignas de Su aquiescencia: *pues nada es digno para Dios, sino Dios Él mismo.* Nuestro

Señor Jesucristo, al ver esta gran carencia de parte del hombre, en maravilloso exceso de Su amor divino, suplió nuestro defecto y defección al ofrecerse a Sí mismo: Él, el Divino Verbo y Dios de infinita dignidad, se entregó a Su Padre en el Sacrificio de la Misa, haciendo un Convenio de Promesa y Sangre para ello, en beneficio de Sus fieles. Por tan santo Sacrificio, mis queridos amigos y hermanos en la fe, debemos dar una alabanza y bendición infinita a Dios, uniéndonos nosotros mismos a la ofrenda que a Él se presenta en nuestros sencillos altares, por medio de la consagradas manos de un sacerdote.—Al hacerlo, estamos reconociendo nuestra total dependencia de Él; y a Él reintegramos la pertinente e inequívoca alabanza y honor. Toda la adoración de los santos y los ángeles en el Paraíso, y la de los arcángeles, los querubines, serafines, tronos, dominaciones, y potestades, es inexpresablemente inmensa y agradable al Dios Todopoderoso; pero, por decirlo así, es como si nada fuese, en comparación con el honor y la alabanza a Él brindadas por un sencillo, ignorado y oscuro sacerdote y pastor de almas, en cualquier pequeño rincón de este mundo caído y ruin. Pues la alabanza de los seres celestiales, siendo grande como es, sigue siendo finita, en tanto la alabanza que a Dios ofrecemos en la Misa, es infinita.

(b) El segundo relevante motivo por el cual ofrecemos el Sacrificio de la Misa, es que se dé infinita satisfacción a Dios por el pecado de Sus criaturas. Demos gracias, mis amigos, puesto que nos es posible dar suficiente satisfacción a Dios por nuestros pecados en este sublime Sacrificio del Altar: y por *este* Sacrificio, y no por otro. Pues, así como el Sacrificio de la Cruz satisfizo la divina Justicia por el pecado del mundo, así el Sacrificio de la Misa, y solamente él, satisface por los pecados de aquellos que, con fe salvadora, le ofrecen, o hacen posible que sea ofrecido. Hace esto, aplicando, a cada una de las almas creyentes, los méritos infinitos obtenidos por el Sacrificio de la Cruz que, en la voluntad antecedente de Dios, se ofreció por los hombres, aunque en Su voluntad consecuente sólo beneficie a los elegidos: aquellos que creen, solamente por gracia, con fe firme y final. En la Absolución privada, el Señor nos anuncia íntimamente Su perdón y Su deseo ferviente por nuestra santidad; en el Santísimo Sacramento, por el Sacrificio, lo exhibe y proclama delante de los redimidos en comunión, al pronunciar nuestros nombres en la unidad de la Iglesia, centrada en la Eucaristía, medicina de inmortalidad. Así, Cristianos, por el Sacrificio del Altar, las gracias y méritos de Cristo el Señor obtenidos en el Gólgota se comunican a las almas fieles que, de una u otra manera, pertenecen a la comunión de los santos.

«Estoy persuadido, dice Leonardo de Port Maurice, 'que de no ser por la Santa Misa, hace ya tiempo que el mundo hubiese sido sacudido en sus cimientos, derrumbándose y siendo aplastado por el enorme peso de tanta iniquidad y vicio, acumulado por los siglos. La Misa es el admirable y poderoso soporte en el cual el mundo descansa, y por ella es afirmado y no cae de una vez para siempre en el caos y la destrucción. Ah, realmente, si no fuese por esta santa Víctima [Jesucristo] de una vez para siempre ofrecida por nosotros en la Cruz, entrando al Santuario con Su propia sangre, como nuestro Sumo Sacerdote y Mediador, ofrecido cada vez en nuestros altares, nosotros, definitivamente, debiéramos renunciar a toda esperanza en el cielo, y tener el infierno como nuestro destino final.' » (*Tesoro Escondido*.)

(c) Debemos a Dios infinita gratitud por todos Sus favores y bendiciones, tanto espirituales como temporales, las gracias que Él ha investido sobre nosotros. Estamos hondamente en deuda con Él, por esas hermosas gracias, sin precio, que nos confirió en el pasado, y aún prosigue dándonos en el presente. Somos deudores de Nuestro Señor Jesucristo por el asombroso amor que Él ha demostrado en la Redención del hombre; y, sobre todo, estamos en deuda con Él por la institución de los Sacramentos, por Su Presencia Real en el Sacramento del Altar, y por Su promesa de morar en él, hasta el Fin del Mundo. ¿Cómo honrar tan grandes amparos? ¿Qué ofrenda podríamos ofrecer desde nuestra miseria, pobres pecadores, que fuese digna de un Dios tan bondadoso? Así, mis amigos, tenemos en la Misa, y solamente en ella, una ofrenda digna; «una oblación y un sacrificio a Dios, en fragante dulzura.' (*Efes.*, v. 2.) » En la Misa, ofrecemos a Dios Su Divino Hijo; y esa Víctima, sin mancha ni contaminación, al ser un don de valor infinito, y hacerse nuestra ofrenda de gratitud al Dios Omnipotente, es, pues, un retorno adecuado al Padre por todos Sus favores.

(d) El cuarto motivo substancial por el cual la Misa es celebrada, Cristianos, es suplicar al Dios Todopoderoso por todas las gracias y favores, espirituales y temporales, que necesitamos. *No somos sino mendigos, a los ojos de Dios.* Como el Obispo de la Iglesia de Laodicea, todos somos 'desdichados, y miserables, y pobres, y desnudos.' (*Apocal.*, iii.17.) Muchas son las cosas que precisamos de parte del Señor; y, debido a nuestros incontables y graves pecados, requerimos especialmente de un Mediador, para que interceda por nosotros en el Santuario celeste, delante del Padre. Y así, tan sólo por amor de nosotros (y a pesar de nuestra depravación e indignidad fuera de todo cálculo,) Jesucristo se ha puesto en la brecha como nuestro Mediador, y, aún más, como nuestra Víctima propiciatoria en el Sacrificio de la Misa. Sea el sacerdote un santo hombre de Dios, o uno indigno, el valor intrínseco de la Misa, *a causa del Sacerdote Escondido a los ojos*, Jesucristo, es necesariamente infinito. Cristo, en la Misa, es «apto hasta lo sumo de salvar a todos los que vienen a Dios por Él, viviendo siempre para interceder por nosotros. Porque era apropiado que tal Pontífice tuviéramos, uno santo, inocente, irreprochable, separado de los pecadores, hecho más alto que los cielos' (*Hebr.*, vii.25 ss.)»

17. ¿Qué es, pues, queridos Cristianos, lo que no esperaréis de la Misa, cuando ella es ofrecida por vuestras intenciones? En cada una de nuestras Misas, el Salvador Jesucristo, que ha perdonado nuestros pecados, intercede con fervor por cada uno de nosotros, intercede ante el Padre por cada una de nuestras necesidades, deseos y esperanzas.—Jesús y el Eterno Padre son Uno, por lo tanto, en la Misa, y por la Misa, estamos seguros de obtener todo lo que en ella piadosamente rogamos: y mucho más, en adición, por la Bondad de Dios. ‘Sin duda,’ dice San Jerónimo, ‘el Señor concede todos los favores por los cuales le rogamos en la Misa, en tanto estos nos sean de bendición; y, lo que es mucho más admirable, Él a menudo nos concede aquello por lo que no pedimos, siempre y cuando no pongamos obstáculos a Su santo designio.’ San Bernardo, al hablar del valor intrínseco de la Misa, dice ‘más se obtiene en una sola Misa que distribuyendo todos nuestros bienes entre los pobres, o yendo a peregrinar a los santuarios más venerables de la tierra.’ Santo Tomás, el Doctor Angélico, añade que ‘la Santa Misa contiene todos aquellos frutos, todas aquellas gracias; aún más: todos aquellos tesoros infinitos que el Hijo de Dios derrama abundantemente sobre Su Iglesia, a la que rescató de la muerte y del pecado por el Sacrificio sangriento de la Cruz.’ ¡Qué poco se conoce del verdadero catolicismo, en tanto se cree que las doctrinas de la gracia son patrimonio de los protestantes, cuando éstos son, precisamente, los que las han mutilado!

18. No dejemos, pues, mis hermanos, de hacer nuestra ofrenda a Dios en la Misa, aún medio de nuestras dificultades y tribulaciones. No olvidemos que el Sacramento nos trae el perdón de pecados, vida, y salvación. Pidámosle al SEÑOR, en el Augusto Sacrificio, por todas nuestras necesidades, angustias, dolores, y enfermedades, pero ante todo seamos agradecidos por Su cuidado, Sus bendiciones, Su gracia. No seamos como los infieles y los hijos del Sanedrín, que claman a Dios por los males de la vida, como si Él fuera el responsable: *Adán fue responsable, Eva fue responsable, nosotros somos responsables*. Si fuese posible que todos los hombres cayeran de rodillas, a la vez, delante del Trono, Cristo adelantaría Su Venida y Su Reino. Sí; roguemos; el SEÑOR podría, fácilmente, rehusar nuestras oraciones, pues Su naturaleza trascendente jamás alcanzaría a ser rozada por nosotros, Sus criaturas, ni pudiésemos nosotros llegar a Su misericordia y generosidad. Buscamos muchas gracias en las manos de Dios.— *Necesitamos tantas bendiciones*. Ofrezcamos la Misa para obtenerlas. Ofrezcámosla para venir al Señor, quien en ella nos dará el pleno y completo perdón de nuestros pecados, innumerables; los conocidos, y los ocultos. Ofrezcamos la Misa por la conversión de los pobres pecadores. Ofrezcámosla para recibir protección de las acechanzas y tentaciones del diablo, y no caer como cayó Lutero, que un día fue un sacerdote, como varios de nosotros. Ofrezcámosla por nuestras pequeñas cosas cotidianas, por buena salud de cuerpo y alma, y buen suceso en nuestros propósitos, con Cristo siempre en mente. Ofrezcámosla por los enfermos y los agonizantes, para que puedan merecer la gracia de una santa muerte. Ofrezcámosla por las almas que aguardan, aún, sin llegar a los brazos de Cristo: la Iglesia purgante, sea que pensemos en ella como ha sido habitual en la Iglesia de Occidente, o bien en la fe sabia y piadosa de la Iglesia de Oriente. Ofrezcámosla porque el Señor apresure Su Segunda Venida, pues la vileza y la maldad del mundo rebosan de iniquidad, y los Juicios de Dios comienzan a derramarse, puros, sobre este mundo.

19. Mis hermanos, no dejen de congregarse; asistan con frecuencia al Santísimo Sacramento de la Misa. Recuerden siempre esto; no hay tiempo mejor empleado, que el tiempo que utilizamos al asistir al santo Sacrificio. Todos sabemos que los seglares que asisten a Misa, ofrecen el Sacrificio en comunión con el sacerdote. Y éste dice, en aquel momento del ‘*Orate Fratres*,’ ‘Orad, hermanos, para que mi sacrificio y el vuestro sean agradables a los ojos de Dios, Padre Omnipotente.’

20. Grandes bendiciones descienden, como fragante incienso, sobre aquellos que unen sus corazones con el pastor de sus almas, en la devota ofrenda de este gran sacrificio. San Gregorio dice, ‘Un hombre bien predispuesto, que oye Misa con la debida atención, es preservado en el sendero de rectitud, cuya gracia y méritos crecen en él; y él continúa en la fe y la virtud, su fruto; y así ingresa, cada día, con mayor beneplácito divino, al Santo de los Santos, por la Sangre del Cordero.’

21. Leonardo de Port Maurice, añade, de manera sublime, «‘Pudiera yo ascender,’ dice, ‘a la cima del más alto monte, y gritar con viva voz, de manera que el mundo entero pudiese escucharme, exclamando: Mundo insano, mundo absurdo, ¿Qué es lo que haces? ¿Por qué vosotros no marcháis con fervor a las iglesias, para asistir a las Misas que allí se ofrecen? ¿Por qué no imitáis a aquellos Ángeles santos que, según San Juan Crisóstomo, descienden por miles desde los cielos, cuando la Misa es celebrada, y se instalan delante de nuestros altares, cubiertos con alas de sacro y reverente temor, demorándose allí durante el augusto sacrificio, a fin de influir más eficazmente en nuestro bien, al saber que es este el tiempo más oportuno y la ocasión más propicia que haber pudiese, para alcanzar los favores del cielo?’ (Tesoro escondido.)»

22. Y Leonardo, agrega, todavía, de manera enfática, con las ardientes palabras de un varón de Dios, «‘Dejadme que, de rodillas, y con las manos elevadas al cielo, implore que todo aquel que lea este pequeño libro sobre el Sacrificio de la Misa, no lo cierre, hasta que haya concebido la firme resolución, de emplearse, de aquí en más, con la mayor diligencia, en asistir a la Misa, y orar y hacer para que otras muchas Misas se celebren... Oh, mis hermanos, demos gracias al Dios Todopoderoso, una y mil veces, por ese amor inexpresable que Él tiene por

nosotros, al habernos dado el rico tesoro de la Misa. Pidamos a María, Reina Coronada del Cielo, según las Escrituras (*Psalm.*, xlv. 6-18, BG; pl,) que dé gracias a nuestro Bendito Dios y Señor, una y otra vez, por Su amor por nosotros, uno por uno, y por habernos dado en Su gracia este adorable Sacramento y Sacrificio, con todas sus bendiciones, y beneficios. Es él la fuente inexaudible de salud, un tesoro de gracia, una fuente perenne de complacencia; es el sol y centro de la verdadera Fe. Es el foco celestial, en quien se concentra toda la Belleza y Esplendor de Dios, Su Gloria, y Majestad, y Divinidad. Es la Misa el milagro de milagros; es el misterio de Dios en su profundidad, libertad, y apasionado amor por Su Cuerpo Místico... «*Habiendo amado a los Suyos, que estaban en el mundo,*» dice el Vidente de Patmos, *'los amó hasta el fin.'* (*Joann.*, xiii.1.) » Humillémonos delante de la Cruz, y dejemos que la Gracia de Jesucristo nos dé sabiduría. *Amén.*

§ Y ahora a DIOS + el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO + sean dados todo honor y toda gloria, en esta hora y para siempre. *Amén.*

Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. *Amén. Y amén.*

SOLI DEO GLORIA

Sanguis Iesu Christi, Filii ejus, emundat nos ab omni peccato. I Ioh. 1.7